

Un saludo a la afición y a mi mamacita que me está viendo (Notas sobre el *camp* en México)

Carlos Monsiváis

Para aplicar esa nueva visión del mundo y de las cosas, esa tercera corriente del gusto, distinta por completo del buen y del mal gusto, esa renovada sensibilidad contemporánea, el *camp*; para aplicar los principios visuales del *camp* en México, es menester partir de tres premisas esenciales: *camp* es aquello tan malo que resulta bueno; *camp* es el triunfo del estilo sobre el contenido, y *camp* es la glorificación del carácter.

Al desglosar esas tres acepciones del *camp* y encontrar su aplicación mexicana, se estará penetrando en los secretos primordiales de esta nueva técnica visual, de esta nueva mirada de los sesenta.

Camp es aquello tan malo que resulta bueno

En principio hay que marcar una distinción básica. No todo lo malo se convierte en *camp*, ni todo lo *camp* es forzosamente malo. Por ejemplo, directores de cine como Miguel Zacarías, Zacarías Gómez Urquiza, Tito Davidson, A. Corona Blake, Rafael Baledón y Julián Soler, que son indudablemente bodrioscos, no son *camp* porque —como advierten los teóricos de esta tendencia— son malos hasta lo risible pero no hasta lo gozable.

Se necesita esa sublime inocencia o ingenuidad, esa maravillosa presencia del estilo que convierte (la acumulación cuantitativa que se transforma en cualidad) lo malo en excelente.

El ejemplo máximo es el gran precursor de todo, Juan Orol; el cine de Orol, rudimentario, esquemático hasta el delirio, resumen enloquecido de todos los lugares comunes, es sin embargo (y el adjetivo es el adjetivo *camp* por excelencia) un cine genial. No por ser la obra de un genio, sino por organizar sólida e impremeditadamente los elementos de un cine primitivo a los que transforma en festival surrealista, donde las normas lógicas se ven destruidas, aplastadas, deshechas. En Orol la espontaneidad es absoluta y sus *gangsters*, mujeres fatales y policías astutos, a fuerza de ser tan convencionales

logran ingresar a otro plano de la realidad, donde el lugar común tiene la fuerza de los sueños explosivos.

Tan malo que resulta bueno: una lista sumaria también incluye a las hermanas Águila (en especial cantando *Talismán*); Hugo Avendaño (en especial cantando *Júrame*); Roberto Cantoral (en especial *La barca y El reloj*); la primera gran época de Agustín Lara, Joaquín Pardavé, Tito Gout (en especial sus películas con Ninón Sevilla), una casa de departamentos en la calle Pilares, las casas todavía decoradas con *La última cena*, todas las tarjetas postales relacionadas con el 10 de mayo, los discursos que empiezan con “Oh, divina pléyade”; Consuelo Guerrero de Luna, Susana Cabrera, la poesía “existencialista”, quienes creen en el Espíritu, el Artista y la Creación, las decoraciones de Chapultepec, Manuel Bernal, etcétera.

Camp es el triunfo del estilo sobre el contenido

Los ejemplos máximos, Oscar Wilde y Bette Davis. Pero hay otros ejemplos mexicanos en donde se ve esa voluntad formal que vence, de una vez por todas, a cualquier posible significado. Así, las reconstrucciones de Artemio de Valle Arizpe del virreinato, donde todo es externo: carruajes, baldosas, candelabros, vuesamercé y demás señales típicas de la Colonia.

También María Félix, que en su juego facial, en su ronco machismo, en su belleza que desafía a los hombres, se ha vuelto tan absolutamente problema de estilo que cualquiera de sus argumentos está de más. Y también Miguel Inclán o más exactamente, la voz de Miguel Inclán, donde todo es la expresión recién arrancada de la tierra, la inflexión con que Tláloc debió convocar a la lluvia.

Camp es la glorificación del carácter

Camp exalta la personalidad que a fuerza de ser excesiva ya no tiene punto de contacto con sus intereses primitivos. Los casos típicos, Greta Garbo o Marlene Dietrich. Pero también se pueden señalar sus correspondientes mexicanos: Dolores del Río o el Palacio de Bellas Artes. La Del Río enfrenta a la coreografía óptica de Bette Davis su no menos clásica coreografía de cejas. Bellas Artes señala las pretensiones de un gobierno que no se resignaba a tener por sede otra ciudad que no fuese París. La Del Río, culminación de los rostros inmóviles, o Bellas Artes, la aspiración arquitectónica del porfirismo que deseaba

afrancesarse, son *camp*, puesto que allí la estética ha triunfado sobre la moral.

Utilidad del camp

En primer término, es una clasificación del mundo tan útil como cualquier otra y más reciente que cualquier otra. En segundo lugar permite mantener la espada de Damocles sobre una ciudad tan *camp* como México, sobre una burguesía tan *camp* como la nacional y sobre seres humanos tan *camp* como nuestros amigos. Tan malo que resulta bueno.

¿Este semanario no será *camp*? ¿El autor del artículo que todavía cree en la necesidad de estudiar a fondo los conventos medievales, no será *camp*? Prepárese, colóquese esa nueva óptica, la vista *camp*, y salga a la calle. Las sorpresas serán infinitas.

Artículo publicado en *Lunes de Excelsior*, 27 de marzo de 1966.

Texto publicado en *Luna Córnea 37. La iconosfera Monsiváis*
México, Centro de la Imagen/ Secretaría de Cultura, 2021.